

JÖRN SCHÜTRUMPF

ROSA LUXEMBURGO O LA LIBERTAD DE LOS Y LAS QUE PIENSAN DISTINTO

«La libertad solamente para seguidores del gobierno, solamente para miembros de un partido – por más numeroso que fue – no es libertad. La libertad siempre es libertad de quienes piensan distinto. No por el fanatismo de la «justicia», sino por que todo lo vital, lo curativo y depurativo de la libertad política depende de este carácter, y su efecto falla cuando la «libertad» se convierte en un privilegio.»¹

Rosa Luxemburgo

«... y esta palabra de la libertad de quienes piensan distinto se refiere al pluralismo socialista, a la diversidad de opiniones del bando revolucionario. No alude a la libertad para los adversarios de la revolución, a los – así llamados por Rosa Luxemburgo – ladrones de la socialdemocracia por mayoría. No, éste no es un pluralismo ni liberal ni democrático al que se aspira con esta palabra, es un alegato contra la dictadura de la dirección del partido o también de una autodenominada vanguardia, pero no es más que eso. Y en este sentido, muchas veces se malinterpreta esta palabra maravillosa que en todo caso suena muy familiar.»²

Heinrich August Winkler

¿QUIÉN LE TEME A ROSA LUXEMBURGO?

Hay pocas cosas con las que se puede contar tan fielmente como con el miedo de los leninistas – y sus sucesores declarados y clandestinos – al pensamiento de Rosa Luxemburgo. El presidente de la Internacional Comunista, Grigori Zinoviev, inventó en 1924 incluso una Escuela del Pensamiento Luxemburguista, para empujar lejos de sí toda crítica de la exportación fracasada de la revolución proletaria a Alemania en otoño del 1923: el así llamado Luxemburguismo.

De esta flor de pantano hizo uso su posterior torturador y asesino Jossif Stalin, cuando, en 1931 – luego de los asesinatos en masa de campesinos ucranianos y rusos y de la resultante hambruna «hecha en casa» – temía su propia caída. Nunca más, en su esfera de poder, debería referirse alguien sin peligro a las demandas de democracia y libertad del movimiento obrero internacional.

Ya que Rosa Luxemburgo, como nadie más, defendía tan intransigentemente estas demandas, para Stalin esta mujer significó un peligro aun después de haber muerto.

Tanto empeño, más allá de ella, sólo emplearon los stalinistas con Trotsky, al que también se le concedía un propio «ismo»: el trotskismo – término que, sin embargo, los seguidores de Trotsky tornaron positivo más adelante y lo declararon su bandera.

Los «científicos» de Stalin realmente se esforzaron con Rosa Luxemburgo. Revolvían los escritos suyos y de Lenin para encontrar pronunciamientos sobre diversas temáticas, filtraban las diferencias y declaraban – canonizando las opiniones de Lenin – «errores» a todas las ideas divergentes de Rosa Luxemburgo. Luego, en una última fase de trabajo, esos «errores» fueron sistematizados. Y así fabricaron el «Luxemburguismo» – un «esquema utópico y medianohumanista» según el «líder de los proletarios del mundo». La cortina de neblina, detrás de la cual escondían la obra y el deseo de Rosa Luxemburgo, a partir de ese momento se densificó.

El presidente de la KPD³ Ernst Thaelmann, un sucesor de Rosa Luxemburgo, no tenía nada más importante que hacer en febrero del 1932 que dedicar una plenaria del comité central al combate del pensamiento de Rosa Luxemburgo. El peligro de ser borrado de su puesto por sus adversarios partidarios que se remitían a Rosa Luxemburgo, fue para él durante ese tiempo, once meses antes de la toma del poder de los nazis por causa de las élites fracasadas de la República de Weimar, no mucho menor que para Stalin. La reversión de este peligro le pareció más importante que un acercamiento a la socialdemocracia, que, si bien había caído en la falta de principios, seguía siendo, sin embargo, la fuerza de izquierda más importante de Alemania.

Se concluyó la denostación de Rosa Luxemburgo después de 1948 – como parte constituyente de la stalinización del SED⁴;

¹ Rosa Luxemburgo: Sobre la Revolución rusa, en: Obras Completas (OC), tomo 4, p. 359. ² Heinrich August Winkler: Ausdruck von Lernverweigerung? En: Deutschlandradio Kultur, 6 de enero de 2010 (véase: <http://www.dradio.de/dkulturr/sendungen/thema/1358976/>). ³ Partido Comunista de Alemania. Hoy DKP. (nota de la traductora, n.t.)

ahora se reducía el interés oficial en esta mujer definitivamente a su cadáver. El libro de Fred Oelssner⁵ sobre el «luxemburguismo» influye hasta hoy fundamentalmente sobre la imagen de Rosa Luxemburgo. Este lado del stalinismo sobrevive, y no sólo en Alemania oriental, casi indiscutidamente. El enfoque democrático de Rosa Luxemburgo se ha olvidado. Pero también se puede contar con el miedo a Rosa Luxemburgo dentro de su partido de antaño⁶, el SPD⁷. Especialmente Heinrich August Winkler, el Hans Heinz Holz de la socialdemocracia alemana (como éste profundamente dividido entre ser un científico serio, por un lado, y un buen soldado de partido por otro), no se cansa de reducir a lo más mínimo que le fuere posible, las diferencias entre los leninistas respecto de Rosa Luxemburgo⁸. Sin la alfombra roja que se le ha puesto con la construcción del «luxemburguismo», tendría que actuar de forma más prudente.

Desde los tiempos de Rosa Luxemburgo – ella combatía durante largos años tanto a unos como a otros – no ha cambiado prácticamente nada.

¿DE QUÉ SE TRATA REALMENTE?

Rosa Luxemburgo fue, como muchos revolucionarios de su tiempo, una niña de la Ilustración. Sabía cómo la Ilustración europea, en el siglo XVIII había prácticamente eliminado en las mentes de la burguesía francesa toda idea de predestinación divina de la señoría feudal, y había liberado en ellos una voluntad difícilmente modificable de tomar el poder político. La revolución francesa, que para Europa abrió el paso a la época burguesa, no hubiera sido posible, de esta manera, sin la Ilustración.

El poder moderno, que hace hincapié en el modo de producción capitalista, fue para Rosa Luxemburgo un poder por encima de las cabezas de la gente, una interacción entre la iglesia, el estado, la escuela, el ejército y la opinión pública. La emancipación de cualquier tipo de dominación y explotación empezaba para ella con la emancipación de este poder. En eso consistía el primer paso, de ninguna manera sustituible, para una revolución hacia condiciones de vida sin opresión ni falta de libertades. No guiaba su política el crecimiento numérico permanente de los miembros de las organizaciones proletarias y de los votantes, sino un crecimiento de autoestima y de capacidad para la acción política.

A lo largo de su vida, Rosa Luxemburgo fue cada vez más consciente de que la lucha por el esclarecimiento siempre iba a estar acompañada de retrocesos, provocados, por un lado por la extensión del nacionalismo, y por otro lado, irónicamente, justamente por las concesiones que se podía arrancarle a las fuerzas imperantes. El centro de su actuar político, por ello fue revelar las contradicciones reales existentes que se agudizaban cada vez más. Constantemente intentaba sacar a la luz a quienes pensaban distinto y sus verdaderas intenciones y acciones, y así obligarlos a defenderse públicamente, es decir, enfrentar a los poderosos, algo que éstos odian hasta el día de hoy como el diablo al agua bendita. Rosa Luxemburgo, para eso seguía la máxima: quien no ataca será atacado. Para ella existía una guerra permanente en el ámbito público del poder imperante contra «el resto de la sociedad», camuflada, satanizadora de los adversarios, con métodos pacíficos, e incluso por medio del terror.

Le interesaba que los hombres y las mujeres aprendieran a superar su parálisis con acciones asociativas, que llegaran a

tomar conciencia de su propia fuerza por medio de su participación en el movimiento, y que en las luchas de cada día tomaran conciencia de sus propios intereses no enajenados. El movimiento obrero socialista no fue para ella primariamente una lucha llevada por los sindicatos por mejoras de las condiciones de vida – aunque supiera de esta lucha y la valorara –, sino una lucha por la ampliación de los derechos políticos a los que quería agregar los derechos sociales. Se pronunció en 1918 en contra de las prácticas de los bolcheviques, que proclamaban los derechos sociales, y que sin embargo sólo llegaban al desmantelamiento de la propiedad privada de los medios de producción, no pocas veces con el asesinato de sus propietarios:

«Nunca hemos sido idólatras de la democracia formal, distinguimos constantemente el núcleo social de la forma política de la democracia burguesa. Ponemos al descubierto la desigualdad social y la ausencia de libertad, ese amargo carozo que se esconde bajo la dulce cáscara de la igualdad y la democracia formales. Y no para desecharlas, sino para instigar a la clase obrera a no conformarse con la cáscara, a conquistar el poder político para luego llenarlo con un nuevo contenido social.

Es la tarea histórica del proletariado, cuando llegue al poder, crear una democracia socialista en lugar de la democracia burguesa, no suprimir la democracia en sí. Pero esta democracia no debe empezar en la tierra prometida, cuando ya se haya construido el fundamento de la economía socialista. No debe ser como un regalo de Navidad acabado, que reciba el pueblo bueno por haber apoyado fielmente y sin reparo a la manada de dictadores socialistas.

La democracia socialista comienza, al mismo tiempo, con el desmantelamiento del dominio de clase y con la construcción del Socialismo. Comienza en el momento de la conquista del poder por el partido socialista. No es otra cosa que la dictadura del proletariado. Sí: ¡dictadura!

Pero esta dictadura consiste en la ampliación de la democracia, no en su supresión; a través de intervenciones decididas y enérgicas de los tan bien adquiridos derechos y condiciones económicas de la sociedad burguesa, que son imprescindibles para un cambio al Socialismo.

Pero esta dictadura tiene que ser obra de la clase, y no la de una pequeña minoría dirigente en nombre de la clase, es decir, tiene que surgir a cada paso de la participación activa de las masas, estar bajo su influencia inmediata y subordinada al control de todo lo público; surgir de la formación política creciente de las masas populares.»⁹

El camino hacia esta revolución la llevaba hacia una ampliación de los derechos políticos que había que arrebatarle a las fuerzas imperantes, y por ende, a través de una toma de

⁴ Partido Socialista Unificado. Partido oficial de la República Democrática de Alemania, después de la caída del muro se fue renombrado PDS (Partido del Socialismo Democrático). Hoy en día es el partido «DIE LINKE» (La Izquierda). (n.t.) ⁵ Fred Oelssner: Rosa Luxemburgo. Eine kritische biographische Skizze, (Dietz Verlag) Berlin 1951. En esa biografía enfatiza el autor, correspondiendo a la línea estalinista impuesta en la RDA, los errores y desvíos de Rosa Luxemburgo en relación a la concepción de Lenin. ⁶ Antes de que fundara el Partido Comunista (KPD) junto a Karl Liebknecht. El SPD apoyó activamente la primera guerra mundial y excluyó luego a los pocos miembros que se mantenían firmes en contra de la guerra (n.t.) ⁷ Partido Socialdemócrata de Alemania, existente hasta hoy día. (n.t.) ⁸ Véase nota 2. Lo mismo declaró últimamente en el programa de televisión «Los alemanes – Rosa Luxemburgo» (canal ZDF, primera emisión el 12 de diciembre de 2010, 19:30 hrs): «Esta cita famosa que no fue publicada en vida de Rosa Luxemburgo, no fue una declaración a favor de la idea de libertad occidental. No pensaba en la libertad para los demócratas burgueses o en la de los socialdemócratas derechistas. Fue un pluralismo socialista lo que se imaginaba. Libertad para los seguidores de la revolución, pero sí más libertad que sólo para un partido o de su autodenominada vanguardia.»

poder por mano propia – con el fin de que las correlaciones de fuerza se corrieran de tal manera que el lado imperante pudiera imponerse cada vez menos con sus cábalas. De esta manera debía perder tanto poder que el empleo de la violencia le resultaría cada vez más difícil.

Rosa Luxemburgo sabía que la violencia sólo funciona cuando la mayoría está paralizada o indiferente ante los hechos, sea por miedo, sea por pan y diversión. La ofensiva inteligente y pública con un reagrupamiento constante de las propias fuerzas, significaba para ella la única forma sustentable para la formación y autoformación – algo completamente distinto a la común política de representación dentro de la izquierda hasta el día de hoy.

Al final de su vida casi que odiaba a la izquierda que únicamente sabía usar las condiciones medianamente libertarias tan duramente alcanzadas, para hacer lo que todos los demás políticos hacen: política de trastienda. Para Rosa Luxemburgo se trataba de salir del circo político burgués y de llevar – paso por paso y cada vez con más efecto, de manera completamente pública, en todo momento comprobable, y por supuesto que siendo ella misma centro de ataques –, al conocimiento público la animosidad social y humana de esta sociedad dominada por el modo de producción capitalista.

La «libertad para quienes piensan distinto» que ella exigía, y que fue denunciada frecuentemente como «paquete trucho» por las fuerzas imperantes y sus ideólogos, la tomaba muy en serio, y no por motivos insípidamente moralistas o por una justicia tontamente suicida. Como científica que también fue, entendía a la sociedad como algo orgánico, como organismo viviente. La sociedad sólo se podría transformar de forma permanente, si todas las batallas se dieran abiertamente, y para eso todo actor necesitaría de su libertad. Todo lo contrario a esto le pareció absurdo. Superaba a la mayoría de los políticos de izquierda con la convicción de que tan sólo la libertad de quienes piensan distinto posibilitaría una política emancipatoria, que no veía por ninguna otra causa tan amenazada como por la restricción de esta libertad. Una emancipación con medios y métodos antiemancipatorios, es decir, como el concepto político leninista – bajo los comunistas posteriores muchas veces justificado con las «condiciones inadecuadas» y, especialmente con «las masas mal preparadas» – para Rosa Luxemburgo hubiera significado el abandono de sus principios políticos. Tenía claro que sólo a través de la disputa de las contradicciones, el «resto de la sociedad» puede darse cuenta de su propia opresión y explotación y liberarse así del poder ejercido por encima de sus cabezas. Estaba profundamente convencida de que todo lo artificial, todas las condiciones creadas desde arriba, desembocan o en un régimen de terror – porque condiciones que fueron creadas de esta manera, sólo pueden mantenerse con opresión y finalmente con terror –, o dichas condiciones no serían viables. Para ambas cosas sentía que no valía la pena arriesgarse.

La historia del socialismo del siglo XX ha mostrado que entre estos dos polos no hay un tercer camino que tomar; los años posteriores a la desaparición del socialismo real han enseñado cuan «sustentablemente» anclado realmente estaba éste en la sociedad, y esto después de su existencia por décadas. Rosa Luxemburgo defendía los cambios profundos:

«El sistema de la sociedad socialista sólo debe y puede ser un producto histórico, nacido de la propia escuela de las expe-

riencias, en la hora de su cumplimiento, del será de la historia viviente, que, al igual que la naturaleza orgánica – de la cual finalmente es parte – tiene la buena costumbre de producir – junto a una necesidad real de la sociedad y los medios de su satisfacción – con la tarea, al mismo tiempo su respuesta.

Pero si esto es así, entonces está claro que el socialismo, según su naturaleza, no se deja otorgar, imponer por Ucase. Tiene como condición una serie de medidas por la fuerza – contra la propiedad privada etc. Lo negativo, la reducción, se puede decretar, la construcción, lo positivo, no. Tierra nueva. Miles de problemas. Sólo la experiencia es capaz de corregir y abrir nuevos caminos. Solamente la vida desenfadada, desbordante cae en miles de nuevas formas, improvisaciones, recibe fuerza creadora, se corrige ella misma todas sus equivocaciones. La vida pública de los estados con libertad restringida es justamente por eso tan indigente, tan pobre, tan esquemática, tan infecunda, porque a través de la exclusión de la democracia se cortan las fuentes vitales de toda la riqueza espiritual y del progreso.»¹⁰

La libertad es siempre la libertad de los que piensan diferente – de todos que piensan diferente. Eso había sido la «última ratio» de su concepto político. Paulo Levi se lo resumió, hablando de su concepto de revolución y su rechazo de la práctica revolucionaria de terror aplicado por Lenin y Trotsky: «Ella sabía llevar la lucha como lucha, la guerra como guerra, la guerra civil como guerra civil. Pero a la guerra civil se la podía imaginar únicamente como juego libre de fuerzas, en el que incluso la burguesía no es desterrada a los sótanos por medidas de fuerza policial, ya que solo en la lucha abierta de masas, éstas pueden crecer, reconocer su grandeza y el peso de su lucha. No quería la erradicación de la burguesía mediante el árido terrorismo, así como un cazador no quiere erradicar a los bichos de rapiña de su bosque. En la lucha, en el venado se debía hacer más grande y fuerte. Para ella, la erradicación de la burguesía – hecho que también quería – era producto de la transformación social, que significa la revolución.»

Tomar el poder por cuenta propia, actuando del todo públicamente, yendo a la ofensiva, reparando y aprendiendo – de eso se trataba, pues creía que los retrocesos eran donde más se aprendía. Por supuesto únicamente si no se los tapaba, porque el encubrimiento de las propias debilidades y errores llevaría a la pérdida del poder por mano propia.

Respecto de la educación, que también para Rosa Luxemburgo era de central importancia – no por último inició, junto a Franz Mehring, la escuela partidaria del SPD y enseñó en ella –, entendía que, al contrario de Lenin y Kautsky, no podía ser un medio para «imponer una conciencia que faltaba», es decir, imponer algo por la fuerza. Entendía sus ofertas de educación como una ayuda para que las masas se ayudaran a sí mismas.

Por eso mismo le asignó otra función al partido a la que le dieron la vieja socialdemocracia alemana por un lado, y los bolcheviques rusos por otro. Cuando para unos el partido se conmutaba cada vez más en una «asociación de votantes» que debía conquistar la mayor cantidad posible de bancas en el parlamento y, luego del fracaso electoral de 1907, estaban dispuestos a más y más concesiones de chauvinismo

⁹ Rosa Luxemburgo: Sobre la revolución rusa, en: OC, tomo 4, p. 363 y siguientes. ¹⁰ Ob. cit, p. 360

y militarismo en Alemania; para los otros el partido debía ser una maquinaria con la que, a través de una revolución, se conquistaría el poder para la amortización de todos los males de la historia hasta ahora.

Finalmente ambos tenían con la clase, para la cual actuaban, una relación tanto más instrumentalizada y tutelar, cuanto más éxito tuvieran.

Para Rosa Luxemburgo, las dos variantes significaban un horror. El partido debía hacerles propuestas a los trabajadores y dejarles el poder de decisión – aun con el peligro de un rechazo que había que aceptar en cualquier caso, también y especialmente después de una revolución exitosa:

«Un control público incondicional es necesario. Si no, el intercambio de experiencias se queda solamente en el circuito cerrado de los funcionarios del nuevo gobierno. La corrupción se vuelve inevitable (...) La práctica del socialismo requiere una revolución intelectual entera de las masas degradadas durante centenares de años por el poder clasista burgués. Instintos sociales en lugar de egoístas; iniciativas de masas en lugar de inercia; idealismo que sobrelleva todo el sufrimiento etc. etc. (...)

El único camino hacia ese nuevo nacer: la escuela de la vida pública misma, democracia ilimitada y amplia, opinión pública. Justamente los regímenes de terror desmoralizan.

¿Qué queda, si dejamos todo esto de lado? (...) Sin elecciones generales, libertad de prensa y libertad reunión incondicionada, libre lucha de opiniones, se extingue la vida en toda institución pública, se convierte en una vida de apariencias, en la que sólo la burocracia permanece como elemento en funcionamiento. La vida pública se dormita de a poco, quedan algunos líderes del partido incansables, entre los cuales en el fondo manda una docena de cabezas destacadas, y reúnen cada tanto a una élite de trabajadores para aplaudir los discursos de los líderes, aprobar unánimemente resoluciones hechas desde arriba; en el fondo se trata de un poder nepotista – una dictadura sin embargo, que no es la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, es decir, dictadura en el sentido burgués de la palabra, en el sentido del poder jacobino ... Y aún más, estos regímenes necesariamente producen un embrutecimiento de la vida pública: atentados, asesinatos de rehenes etc. Es una ley objetiva, omnipotente, de la cual no se puede deshacer ningún partido.»¹¹

Un problema que la mantenía en vilo naturalmente, siendo una partidaria de cambios revolucionarios en una sociedad, fue la cuestión misma de la revolución. Especialmente en este punto, hasta el día de hoy se escuchan comúnmente difamaciones. Una particularmente pérfida dice que Rosa Luxemburgo le hubiera apostado al terror, cuando sucedía todo lo contrario:

«En las revoluciones burguesas, el derrame de sangre, el terror, el asesinato por motivos políticos fueron las armas entrañables en manos de las clases ascendentes.

La revolución proletaria no necesita del terror para cumplir sus objetivos, odia y detesta los asesinatos. No necesita de estos métodos de lucha, porque no combate a individuos, sino a instituciones, porque no pisa la arena con ilusiones ingenuas, cuya desilusión tendría que vengar sangrientamente. No es un intento desesperado de una minoría de moldear por la fuerza al mundo según sus ideales, sino que la acción de una gran masa popular ...»¹²

Y también en otro aspecto sabía exactamente lo que no quería: cualquier forma de blanquismo. Louis Auguste Blanqui (1805–1881), quien pasó la mayor parte de su vida en prisión, había desarrollado la idea de una unión secreta férreamente organizada que, a través de un golpe de estado, debía tomar el poder, y luego introducir el socialismo.

En 1904, por primera vez acusó a Lenin y a los bolcheviques de esta intención: el «partido de nuevo tipo» de Lenin, el partido bolchevique de los revolucionarios profesionales, fuera más un partido blanquista que un partido obrero y que, cuando les pareciera oportuno políticamente, no se ocuparían de los intereses obreros. Con esta afirmación acertaba de tal manera que ni ella misma se lo imaginaba.

Lenin no pudo disculparle sus «desviaciones»; también a él lo empujaba el miedo. Aun años después de su muerte proclamó, cual ritual jesuita, cinco veces: «ella erró ...», hasta que se dignó a un «pero ...» sin contenido.¹³

El pensamiento de Rosa Luxemburgo fue orgánico. Si Lenin planificaba y organizaba el éxito, Rosa Luxemburgo más bien seguía los pasos de las transformaciones profundas que no se podían revertir tan fácilmente como una toma del poder político. No quería que un grupo pequeño tomara el poder, no quería el poder de una minoría sobre una mayoría. Quería madurar a la clase trabajadora y verla emanciparse, hasta que llegara al poder. Esto sólo podía funcionar si todas las partes de la sociedad pudieran actuar con libertad ilimitada.

En la práctica política, esta idea nunca fue tomada en cuenta.

Traducción: Lisa Buhl

¹¹ Rosa Luxemburgo: Sobre la revolución rusa, en: OC, tomo 4, p. 360 y siguientes. ¹² Rosa Luxemburgo: ¿Qué quiere la Liga Espartaquista? (1918), en: OC, tomo 4, p. 443. ¹³ «Si bien el vuelo del águila lo llevaba más abajo de lo que vuelan las gallinas, las gallinas nunca vuelan de por las alturas del águila. Rosa Luxemburgo erró en la cuestión de la independencia de Polonia; erró en 1903 en la evaluación del menchevismo; erró en la teoría de acumulación del capital; erró, cuando en julio de 1914, junto a Plechanow, Vandervelde, Kautsky y otros, defendía la unión de los bolchevique con los mencheviques; erró en sus escritos desde la cárcel a fines de 1918 (aunque ella misma, al salir de la cárcel a fines del 1918, y a principios de 1919 corrigió la mayoría de sus errores [lo cual no es cierto, J. S.]). Pero a pesar de todos sus errores fue y es un águila ...» V. I. Lenin: Noticias de un publicista (1922), en: Obras, tomo 33, p. 195.

PIE DE IMPRENTA

PUNTOS DE VISTA es editado por la

Rosa-Luxemburg-Stiftung y se publica irregularmente.

Redacción: Marion Schütrumpf-Kunze

Franz-Mehring-Platz 1 · 10243 Berlin · Tel. + 49 30 44310-127

Fax -122 · m.schuetrumpf@rosalux.de · www.rosalux.de